

LaViscera

Año 01

Núm. 09

Agosto 2021


VÉRTEGOS

LA
VISCERA
Magazine



Año 1 | Núm. 9

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



«Las palabras empleadas para describir los sismos eran predecibles: tragedia, desastre, catástrofe. No circuló la que mejor habría explicado lo que estaba ocurriendo: vértigo»

Ignacio Padilla
(Arte y olvido del terremoto)

05	Carlos Vicente UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (IX)
07	Patricia Sánchez TUVISTE QUE HACERLO
09	Beatriz Gorjón VÉRTIGOS
11	Carlos San Jorge SÓLO SIGNIFICA QUE NO PUEDO SUBIR ESCALERAS DEMASIADO EMPINADAS
13	Jara Aizpurua / Andrés Níguez SIN TÍTULO -9
15	LA RECETA. Patricia Sánchez VÉRTIGO A LAS FINAS HIERBAS
17	VÍSCERAS INVITADAS: ÁNGEL LUIS VICENTE Y SARA MARCOS FINIS TERRAE
19	VÍSCERAS INVITADAS: EDWING VLADIMIR NO ES FÁCIL
21	VÍSCERAS INVITADAS: ASUNCIÓN ESCRIBANO VÉRTIGO BLANCO
23	Nacho G. Ríos (Selección) Pedro Vez (Ilustración) HAIKU FINAL

Si sueñas con agua, lo haces con sexo.
Si sueñas con un coche, lo haces con el descontrol.
Si sueñas con tu madre, lo haces con tu pasado.
Si sueñas con muelas, lo haces con problemas.
Si sueñas con toros, lo haces con un tótem.
Si sueñas con una caída al vacío, estás muerto.

La sensación que tiene uno al caer al vacío es... ¡Qué coño! Yo nunca la he sentido, la verdad. Así es que no voy a hablar de ello porque me daría vértigo no controlar el resultado. Es mejor escribir sobre tus filias y tus fobias y asunto arreglado. Eso sí, dentro de esa categoría, escribiría una obra que nunca escribiría que diera mucho asco y que te produjera vómitos. Empezaría, más o menos, así:

Una habitación de hotel. Un hombre y una mujer. La cama está cubierta de plástico. El suelo también.

Mujer: ¿Estás seguro?

Hombre: Claro que lo estoy. Para eso te pago seiscientos la hora.

Mujer: No, como me dijiste que te daba miedo hacer parapente.

Hombre: Me da vértigo.

Mujer: Y esto no te da asco.

Hombre: Me excita.

Mujer: Si es que sois de un raro.

Hombre: ¿Y a tí?

Mujer: ¿Qué?

Hombre: ¿No te da asco?

Mujer: Sí, pero son seiscientos.

Hombre: ¿Comiste lo que te dije?

Mujer: No había de pepperoni. Es barbacoa.

Hombre: Perfecto.

Mujer: ¿Y esto cómo se hace?

Hombre: ¿No eras tú la profesional? Podrías haberte documentado.

Mujer: Es que no tengo internet.

Hombre: Pues vete a una biblioteca.

Silencio.

Hombre: No me digas que...

Mujer: Es lo que hay. Lo tomas o lo dejas.

Hombre: Lo tomo, lo tomo.

Mujer: Bueno, pues entonces dime cómo empiezo.

Hombre: Mira, te pones... No, mejor me pongo yo en el suelo. Y no se te olvide darle a grabar antes.

Mujer: Vale, pero entonces yo me pongo de pie en la cama y tu en el suelo. ¿Y eso es todo?

Hombre: Sí. Eso es una ducha turca.

Mujer: Vale, pues empiezo.

Y así seguiría la obra durante al menos cincuenta y cinco minutos porque el hombre no se atrevería y ella le contaría que es una mujer que lo único que quiere es encontrar un marido que la quiera y que la haga dos niños y que puedan vivir tranquilos en un chalé con piscina. Que su vida le da vértigo y quiere ser feliz. Como tiene que ser.

CARLOS VICENTE UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (IX)

La obra original empleada para el diseño que acompaña a este texto es Morning Sur (Edward Hopper, 1952), que se encuentra en el Museo Fondazione de Roma.

No fue agradable, eres una persona sensible y las cosas te afectan. TE DUELEN. Y aún así, fuiste valiente y ejecutaste tu plan.

Es duro. MUY DURO. Pero es tan satisfactorio cuando lo consigues, te sientes una persona tan poderosa por ser capaz de enfrentarte a ello una vez más...

Habrà quien piense que cada vez te cuesta menos, que, con cada combate ganado, la costumbre, la repetición y la permisividad del autoengaño te facilitan las cosas. Pero no es así. SUFRES. Sufres más que nadie. Sufres más que todos. TÚ eres la víctima.

Pero vas a resurgir, por supuesto, siempre lo has hecho. Eres como el junco que se dobla, pero siempre sigue en pie.

Tuviste que hacerlo.
TU-VIS-TE-QUE-HA-CER-LO.
No te dejó otra opción.

Y ahora ya conoces lo que toca. No es la primera ni la segunda vez que pasas por ello.

Es el momento de los argumentos de terraza. Para tu audiencia, esa que acepta sin rechistar, sin necesidad de tónicas ni crócalos. El momento de las elaboradas conclusiones a compartir con esos «sustitutos» que consuelan, miman, no pasan factura, no cuestionan... El momento de las pastillas para el mareo con forma de cerveza y foto en las redes para dejar bien claro que tú sigues teniendo quien te quiera, quien pague la ronda.

Tuviste que hacerlo.

Porque tuvo la osadía de conocerte de verdad. La poca vergüenza de cuestionarte. El descaro de saber realmente cómo te las gastas. La inconveniente memoria de quien es capaz de recordar lo que haces y no lo que dices. La estupidez de pensar que compartir su opinión era adecuado cuando no era la misma que la tuya. La poca decencia de creer, por un segundo, que no eras tan buena persona como eres.

Menos mal que lo detectaste a tiempo. Que conoces los síntomas, que ya has pasado por ello. Que, al primer desequilibrio, sabes perfectamente cómo tienes que actuar, los pasos a seguir, ese procedimiento que llevas a cabo de forma minuciosa, estudiada, elaborada en base a la experiencia en desenfoces que tienes desde hace años.

No hay fotos borrosas, todas son estupendas, con sonrisas sinceras, rodeada, protegida... ¡súbela, súbela! ¡Que la vea todo el mundo!

Y no hay mareos, no hay sudores fríos, no hay pérdidas de equilibrio(s).

Que los vómitos sean para quien se atrevió a ponerse cabeza abajo, a ver las cosas como NO son. No hay diferentes puntos de vista. Está el tuyo. Lo demás no está bien, y te hace(n) daño. Que las náuseas sean para quien no se dio cuenta de que tú eres quien sufre más que nadie, la víctima que permanecerá *erguida frente a todo(s)*.

Tuviste que hacerlo.
A PESAR DEL VÉRTIGO.
O GRACIAS A ÉL.
Ahora, que vomiten otros.

TUVISTE QUE HACERLO

PATRICIA SÁNCHEZ



(*) La escultura original que acompaña al texto es obra de Johnson Tsang [Instagram Johnson Tsang Artist](#)

(*)



Vuelven viejos vértigos vetados,
vacilantes, vitales, venenosos.

Verdades veladas,
ventrículos veloces,
vacíos vagabundos.

Vienen, van, vuelven.

Vuelan vértigos voraces,
vadeando vicios voluptuosos,
vendavales virtuales, viscerales, vacuos.

Vienen, van, vuelven.

Vértigos.

Vida.

BEATRIZ GORJÓN

Estaba claro que para esta Viscera no podía hablar de otra película que no fuera *Vértigo*, de Alfred Hitchcock. Film mítico e imprescindible que, aunque considerada como uno de los mejores trabajos del director e incluida en el ranking como mejor película de la historia del cine, tuvo, al principio, tan poca acogida y críticas tan malas que fue un auténtico fracaso de taquilla y algunas publicaciones llegaron a definirla como «un disparate muy rebuscado».

Pasados los años, y tras ciertos análisis posteriores, se puede llegar a comprender que ese público de los años cincuenta, década de su estreno, no estaba preparado para este «experimento cinematográfico» con un desarrollo argumental tan poco habitual; muestra de ello son los títulos de crédito, obra del diseñador Saúl Bass, que creó esas secuencias de sueños llenas de colores irreales y elementos gráficos extraños que produjeron un efecto inquietante y poco comprendido por el público y la crítica de la época.

Vértigo está basada en la novela de 1954 *De entre los muertos (D'entre les morts)*, de Pierre Boileau y Thoman Narcejac, que la escribieron pensando directamente en la posibilidad de que el director inglés la llevara a la gran pantalla. Pero, un tiempo después de su fracasado estreno, el propio Hitchcock recogió y prohibió sus derechos, junto con otras de sus cuatro películas, legándolos a sus hijas tras su muerte. No fue hasta el año 1984 cuando *Vértigo* volvió a verse en la gran pantalla con el reestreno de «Los Hitchcocks perdidos»: *El Hombre que sabía demasiado*, *La ventana indiscreta*, *La soga* y *Pero... ¿Quién mató a Harry?*, tras treinta años ausentes por la prohibición de los derechos por parte de la familia del director.

Fue a partir del citado reestreno cuando esta cinta en concreto adquirió la importancia que merece. Una obra atemporal y, sin duda, obra maestra que aún inquieta, trastorna y fascina al público más de sesenta años después. Pionera y referente técnico, sobre todo, en un recurso cinematográfico que se sigue usando en una infinidad de largometrajes: el «Travelling Compensado», efecto que da al espectador la misma sensación de vértigo que sufre el propio protagonista, también conocido como «Dolly-zoom» o, como lo llaman en muchas escuelas de cine, el «Efecto Vértigo». Irmin Roberts, operador de cámara de la Paramount y segundo operador en la película de Alfred Hitchcock, es el creador de este truco tan usado posteriormente en cine, televisión, videoclips y publicidad. En él, el centro del encuadre se mantiene en el mismo tamaño, mientras que la perspectiva con la que se ve el fondo cambia sustancialmente.

Vértigo es, en definitiva, una de esas películas que engrosan la lista de «adelantadas a su tiempo» con una puesta en escena magistral, una perfecta armonía en todos sus elementos, como la fotografía y el juego del color del eterno colaborador del cineasta, Robert Burks, o la banda sonora del gran compositor Bernard Herrmann (*Psicosis*, *Ciudadano Kane*, *Taxi Driver*). Hitchcock, una vez más, juega con el espectador, convirtiéndole en un personaje de lujo e imprescindible, involucrándole en el suspense de la propia trama, dándole más información que a los personajes...

Como decía el director británico: «Imagínese a un hombre sentado en el sofá favorito de su casa. Debajo tiene una bomba a punto de estallar. Él lo ignora, pero el público lo sabe. Esto es el suspense».

MADELEINE:
No me tiré, me caí.

JOHN 'SCOTTIE':
¿Por qué se arrojó?

MADELEINE:
No puedo decirselo.

SÓLO
SIGNIFICA
QUE NO
PUEDO SUBIR
ESCALERAS
DEMAIADO
EMPINADAS

Carlos San Jorge



No hay amor más vertiginoso
que aquel convertido en obsesión.
Eso me dicen, al menos,
los que me conocen
y saben de mi amor.
No duermo, no vivo
ayúdame tú, vieja.
Tú que eres sabia, dime
que hasta respirar me cuesta.
Si con otro pasear la veo
ganas de matar me entran.

Ella ME QUISO A MÍ Y YO TODO HICÉ.
Dejar que cuidara de los niños, tenerla en
casa, llenarla de regalos, salir siempre con
ella para protegerla de las miradas de las
bestias y así ella ahora me lo paga:
dejándome tirado, por unos gritos y unos
golpes que le di sin querer. Mil cosas te
contaría, pero si sigo la rabia me entra y no
quiero cabrearme, si no que ella vuelva,
pues si no lo hace, yo me suicido, lo
prometo, y ella va conmigo. VIVIR NO
MERECEMOS SI NO VAMOS A SEGUIR
UNIDOS.

Ya sé que no soy Calixto
ni mucho menos ella Melibea
también sé que, en esta vida,
responder a favores cuesta.
Dime qué quieres a cambio,
pues capaz soy de cualquier cosa
con tal de tenerla en mis brazos
y que del resto se esconda.

Ve y dile que la quiero, al menos haz eso por
mí. Ya me he saltado la orden de alejamiento
varias veces y no quiero a la cárcel ir. Allí
sería prisionero y su amor ya no recuperaría
y como ya te he dicho anteriormente, antes
muertos que sin ella en vida.

Siento náuseas, me mareo,
te aseguro que esto no es cuento.
Si tú sintieras lo que yo siento
entenderías mis lamentos.

PERO QUÉ VAS A SABER TÚ, VIEJA BRUJA,
SI A NADIE HAS QUERIDO MÁS QUE A TUS
REALES. QUÉ VAS A SABER DE QUÉ TE
HABLO.

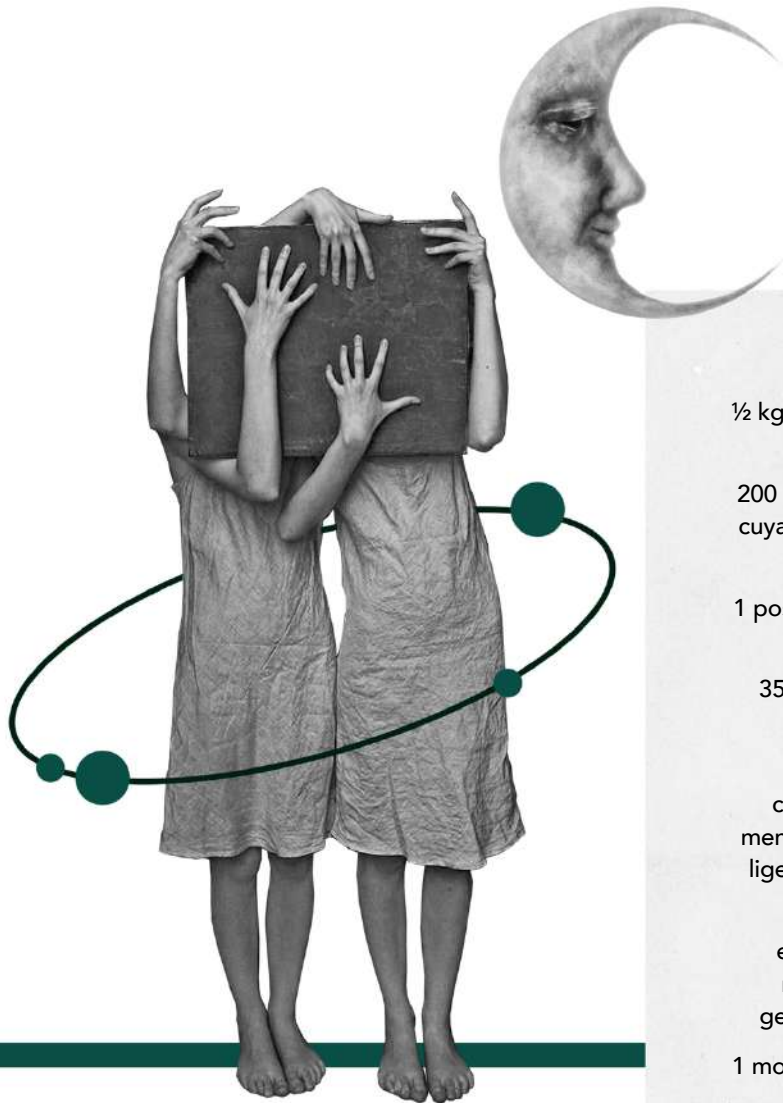
Pero ve, ve o te mato a ti también.
Dile que la quiero ver,
que a las doce donde siempre
o a los niños me llevaré.
Ahí en el parque están jugando,
que los acabo de ver.
Voy a llevarles unos regalos
Y a abrazarlos otra vez.

Tú ve, ve.

SIN TÍTULO -9

TEXTO: JARA AIZPURUA
FOTOGRAFÍA: ANDRÉS M. NÍGUEZ





HOY:

VÉRTIGO A LAS FINAS HIERBAS

INGREDIENTES

½ kg de miedos infantiles no superados

200 vueltas virtuales a cosas cuya solución no esté en tus manos

1 postura de 180° durante al menos 20 minutos

350 gr de angustia ante lo desconocido

3 lunas llenas con sus consecuentes mareas y 1 manguante macerada en un ligero miedo a la oscuridad

1 superficie inestable y estrecha situada a varios metros de altura que no genere excesiva confianza

1 movimiento cervical seco y contundente

2 o 3 miradas al vacío

CÓMO SE HACE

TIEMPO DE PREPARACIÓN: suele llevar poco tiempo siempre y cuando se sea fiel con los condicionantes (y condimentos).

DIFICULTAD: receta básica, como de comida rápida...

El «Vértigo a las finas hierbas» es una de esas recetas en las que cobra más importancia el lugar en el que se desarrolla que los ingredientes que se emplean.

Sea detallista, mime los tiempos, esmérese con el emplatado, ponga una mantelería con la que consiga un bonito efecto moaré... Es lo que hará que su plato destaque sobre el resto porque, seamos sinceros, el vértigo (por muy finas que sean las hierbas que lo acompañen) es de elaboración sencilla, común, es el sándwich de jamón y queso (*) de nuestra era.

Recomendamos el empleo de cuchillos lo suficientemente afilados, que sean capaces de cortar la tensión pero que no lo hagan, la existencia de una red de seguridad que esté solo en la cabeza del cocinero, con la intención de echarla en falta e incrementar la sensación de temeridad innecesaria y la elección de ingredientes efectivos y abundantes, como: el miedo a las alturas, al compromiso, a lo desconocido, a las relaciones sociales y cualquier otra sensación o experiencia vital que garantice un sudor frío y palpitations aceleradas.

Los bastoncillos de oídos ayudan a acelerar el tiempo de cocción, si bien es la maceración en finas hierbas y las reacciones de sus comensales (prepare bolsas para el mareo) las que determinen si ha conseguido su objetivo. Un último consejo: si se atreve a llevar el corazón por fuera (contra viento y marea y con la que está cayendo) el éxito estará garantizado.

(*) Esperamos que entiendan que el empleo del sándwich de jamón y queso como elemento explicativo no implica que a nosotros no nos guste, nos encanta, nos apasiona el sándwich de jamón y queso, y nos da bastante vértigo (¿o quizá sea pereza?) tener que andar escuchando a la asociación de ofendidos defensores del bikini como representante de la dieta mediterránea (injustamente denostada por culpa de la dieta keto y el ayuno intermitente).

ÁNGEL LUIS VICENTE (TEXTO) Y SARA MARCOS (ILUSTRACIÓN)



I

Huele a lilas, a cerezo, falsamente a Paraíso.

Todavía no hizo presencia el Vacío.

Estamos bastante ciegos. Nacemos despreocupados. Confiados de existir.

No hay asomo de ser pájaro, ni de padecer males de altura. Es pronto para el Dolor de Ser.

Ya llegarán el pánico envolvente, la geometría del tiempo, el quebrado litoral.

II

Somos miles de estrellas cabalgando a lomos del palafrén Eterno intentando comprender.

Es asomarnos al Abismo, y aparece la náusea repugnante. La desintegración del Yo golpeada por este Infinito Teatro del Absurdo.

Somos espíritu y materia, zurcidos con hilos de fe. Esbozados entre lo Eterno y lo Finito.

III

No hay Sueño del que logremos despertar. Si despertamos todo se torna frenopático.

Hoy sólo empieza si nos sobreponemos.

Sobreponernos a esa terrible idea de no ser Nadie.

De no ser Nada. De no saber a Dónde ni de Dónde.

De no poder hallar un para Qué, una réplica que calme nuestras Almas.

IV

Acércate. Ven. Asómate desde las cumbres del mundo. Sube a la barquilla del globo. Gana altura.

Contempla, si puedes soportarlo, e intenta convivir con esta farsa.

Sobrevuela los campos de refugiados, las cúpulas catedralicias doradas, los cementerios neonatos.

Olfatea los azares tan injustos: Catálogos decisorios de la indiferencia y la crueldad.

V

Durante algunos instantes podrás sobrevolar la Nada. Mas pronto, te vencerá este anidar continuo entre el espanto y el Mal.

No puedes hacer pie, vas perdiendo el equilibrio cayendo al Fin del Mundo, quebrándote la sombra.

Coloso malogrado. Incompleto. Inacabado. Te fuiste como llegaste: Desde el milagro del amor, flotando en el amniótico Vacío.

EDWING VLADIMIR

 [@misterrigodon](https://www.instagram.com/misterrigodon)



Escanea el código QR o pulsa sobre [ESTE ENLACE](#) y podrás ver el vídeo que Edwing Vladimir ha hecho a partir de su texto.

No es fácil subir a un escenario,
pero es necesario.

No es fácil eso
de bajar a catacumbas.
No siempre se tiene suerte
en esto de compartir celda.

A veces convives con una delicia
que hace que los segundos
dentro de ti sean gozo y risa.

Pero ¿si no?

Si no te toca lidiar con lo más crudo,
con lo que nadie quiere a su lado,
con el dolor más puro,
con la cochambre,
el tozudo inseguro,
rudo traicionero,
pirado testarudo.

Todo eso que te haría agarrar
las sábanas,
hacer un nudo
y entre las rejas de la ventana
acabar ahorcado,
con la noche
como único
testigo.
Mudo.

Ni sé cuántas veces
acabé así mis vigias.
Como gato de calle
despilfarro vidas.

No me resulta fácil subir
a un escenario.
Me comen los nervios,
la ansiedad,
la sensación de fallar,
las taquicardias,

pero carraspeo,
aclaro la voz
y empiezo:

sólo aquí,
donde todo
se vuelve nada,
el
tiempo
se
para.

Noto que mi boca habla,
pero no pienso.

Sólo siento.

Sólo fluyo.

Sólo huyo.



Levanto la mano y noto cómo su reflejo neutraliza la incipiente oscuridad que se va adueñando lenta de la sala. Miro hacia el espejo y recuerdo apenas lo que era antes de que este destello en negro se hiciera dueño de mi vida. ¿Fue a los 14 años? ¿Fue en el inicio del balbuceo cuando se prendió de mi pensamiento como un talismán? Lo cierto es que con ella comenzó todo. Con la palabra aprendí a nacer a la vida.

Me lanzo cada vez contra el folio en blanco con el vértigo que se apodera de un suicida. Y cada vez sé con certeza que el encuentro finalizará en fracaso. Conozco ya sus síntomas. Primero, ese deseo de huir hacia cualquier parte. Luego ese convencimiento de que sólo es cuestión de invocar su hechizo, pero que, para ello, hace falta la noche. Después, la noche se anuda a la fatiga y encadenado la razón al nuevo día... Y así voy sumando dilataciones en las que mis tripas se van volviendo quistes. Y ese vértigo de saber que esta vez está ahí la mudez ya para siempre. Ese vértigo de los ojos sobre el folio que sólo dice mi nombre: fracaso, fracaso...

En el inicio de la escritura y de la vida todo era un nudo - escribo- intuyendo que esa metáfora cordal, en su pleno sentido, rozará ahora la verdad. Todo estaba atado y todo desplegaba su sentido. Luego fueron llegando lentamente las despedidas, como si nada, como si todo. Una a una, fueron dejando su espacio hueco todas las personas a las que había ido amando... Todas iban dejando caer su cuerpo en enfermedades no esperadas... Pero tampoco es eso lo que pasó. De nuevo las palabras me traicionan. Cómo nombrar el dolor y su vacío. Ninguna palabra puede acercarse a ese arañazo que deja herida la carne para siempre....



Quizá esa sean éstas las mejores palabras: «huellas», «herida», «daño», o, esa firma de la angustia sobre el estómago: «vértigo»... tan reconocido cada día, tan asimilado en cada inicio de un nuevo nombre...

No hay olvido posible, aunque no sea capaz de dejar el rastreo de su dolor sobre la página. Lo intento nombrar de nuevo y golpeo el folio con la tinta como haría un herrero con su martillo, le busco los matices en los verbos, en los sustantivos, pero, como un traje de fiesta que se ha quedado pequeño, ninguno vale.

No vale decir «ausencia», no vale «desgarradura», no vale... decir... nada.... Al final, como una ruca enferma o como una noria desquiciada de sus goznes, no puedo evitar la certeza de que no podré escribir nada de nuevo. No importa lo que pasara anteriormente, no importa que en un tiempo lejano pudiera ser de otra manera. Ahora ya he sido abandonada por esa Calíope embriagada que ya no me regala sus hechizos, y sólo me ha dejado a cambio esa soga de esparto en la garganta.

Levanto la mano y noto cómo su reflejo neutraliza la incipiente oscuridad que se va adueñando lenta de mi vida. Miro hacia la página en blanco y ya no recuerdo nada que no sea ese color que ha impresionado para siempre mi retina. Lo cierto es que con este vértigo blanco termina todo...

Con este silencio de celulosa y su vértigo febril comienzo a aprender a caminar hacia la muerte.

HAIKUFINAL

NACHO G. RÍOS SELECCIÓN
PEDRO VEZ ILUSTRACIÓN

女一人
目覚めてのぞく
蛍籠

Aquella mujer
mira atenta al despertar
las luciérnagas.

Suzuki Masajo. Kamogawa, 1906- Tokyo, 2003

